



ideas

Edición a cargo de Héctor M. Guyot
www.lanacion.com.ar/ideas
@ideasLN | /LNideas

DEBATES

Extremos. El triste precio de la estupidez

La izquierda woke canceladora provocó una galopada reaccionaria en Occidente

Por Arturo Pérez-Reverte

Página 4

ENSAYO



Borges y la traición. Un homenaje secreto a Roberto Arlt

Ambos autores abordaron el mismo tema desde perspectivas diferentes

Por Marcelo Gioffré

Página 6

PERSONAJES

Salman Rushdie "Musk no defiende la libertad de expresión"

Tras la publicación de *Cuchillo*, el escritor habla de literatura y política

Por Camila Osorio

Página 8

LECTURAS

Unas memorias conmovedoras con trasfondo sombrío

En *Antes que nada*, Martín Caparrós desmenuza su vida y se cuestiona

Por José María Brindisi

Página 10

PERSPECTIVAS

La guillotina francesa y la de Milei

La pulsión del Presidente por despedir funcionarios de forma destemplada

Por Pablo Mendelevich

Página 12



PILAR GAMACHO

ENTREVISTA — POR Astrid Pikielny

Roy Hora «Milei trae una visión muy iliberal de la sociedad»

El historiador afirma que buena parte de la sociedad le dio al Presidente licencia para sanear la economía, soslayando sus políticas socioculturales

Como todo historiador, Roy Hora se siente cómodo entre los pliegues del pasado. Sin embargo, este presente atípico, disruptivo y vertiginoso protagonizado por Javier Milei lo sacude por completo. En algunos aspectos, señala, representa una etapa "de horror y vergüenza". Como buen intelectual, lo anima la necesidad de entender un fenómeno extraño y ajeno a las tradiciones políticas argentinas.

"Milei desafía muchos de los consensos sobre los que se apoyó la política argentina de estas últimas cuatro décadas", sostiene Hora, doctor en Historia Moderna por la Universidad de Oxford e investigador principal del Conicet, y enseguida remarca la "nula valoración" de la tradición democrática que encarna el Presidente. "Por ahora la Argentina le ha impuesto límites institucionales y sociales. Pero no sé qué pasará si desaparecen o se debilitan esos límites externos y Milei alcanza más poder [...] Si le va muy bien a Milei, quizás no le vaya tan bien a nuestra democracia", afirma Hora, profesor titular en la Universidad Nacional de Quilmes y autor de *¿Cómo*

pensaron el campo los argentinos? (Siglo XXI), entre tantos otros libros de historia económica y agraria.

Aliviada por la sensible baja de la inflación, una parte importante de la sociedad argentina mantiene la adhesión a la política económica del Gobierno, que incluye ajuste, desregulación y privatizaciones. A diferencia de quienes ven en esta coyuntura una sucesión de triunfos definitivos, Hora elige la cautela. "Un éxito de corto plazo no significa que un proyecto político de esta naturaleza haya venido para quedarse", afirma

Continúa en la página 2

ENTREVISTA — POR *Astrid Pikielny* FOTO *Pilar Camacho***¿Por qué lo entrevistamos?**

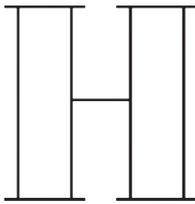
Porque su conocimiento histórico le permite poner en perspectiva la irrupción de los libertarios en la política argentina.

Roy Hora*

«Milei trae una visión muy iliberal de la sociedad»

El historiador afirma que buena parte de la sociedad le dio al Presidente licencia para poner la economía en orden, tapándose la nariz frente a aspectos cuestionables relativos a sus políticas socioculturales

VIENE DE TAPA



ora señala que hay nubes que tapan el sol, como el atraso cambiario. Por eso, dice, toda discusión sobre la emergencia de un nuevo orden es prematura. Y recuerda por casos dos experiencias del pasado reciente que resultaron fallidas: el Plan Austral durante el gobierno de Raúl Alfonsín y la Convertibilidad del menemismo.

Con respecto a "la batalla cultural" y la embestida ultraconservadora contra el feminismo, el colectivo LGBT y los derechos de las minorías, Hora sostiene: "Milei también trae como novedad, y como novedad desagradable, una visión poco tolerante y muy iliberal, oantiliberal, del ideal de sociedad. Una sociedad tolerante acepta lo distinto, una liberal lo valora y lo celebra. Milei está en las antipodas de estas ideas, como vimos recientemente en Davos". Por eso, según Hora, es imprescindible que los liberales argentinos alcen la voz en defensa del verdadero liberalismo, hoy profanado, a su entender. "Con su barbarie, Milei les ofrece una oportunidad para rehabilitarse como una fuerza liberadora, de modo de colocarse a la altura de la discusión sobre que es una sociedad libre y tolerante en el siglo XXI".

-Hace algo más de un año empezó un experimento político diferente y novedoso que encuentra a muchos intelectuales perplejos y desorientados, tratando de descifrar algo que se parece a una caja negra encriptada. ¿Cómo lo encuentra a usted el laboratorio Milei?

-Me caben las generales de la ley, agravado por el hecho de que soy historiador. En la medida en que estamos frente a un experimento político muy novedoso, me cuesta tomar perspectiva. Me provoca el desconcierto que a otros les provocó el Perón de 1945. A la luz de la trayectoria histórica argentina y de lo que fueron las tradiciones políticas dominantes, con fuerte énfasis en lo nacional-popular, Milei es sin duda muy original, difícil de encasillar. Y como se trata de un fenómeno tan proteico, no sabemos cuál será su punto de llegada. Apenas conocemos su punto de partida: lo veo ante todo como una reacción contra el modo en que se organizó la economía después de la crisis de 2001, con una enorme centralidad del Estado y una economía muy cerrada, demasiada regulación y demasiada corrupción. Hay una reacción contra un proyecto que fracasó, pero hay más que puro rechazo. Viene acompañado de un discurso que es algo más que un péndulo que va en la otra dirección. Y esto porque quien lo impulsa es una figura que desafía muchos de los consensos sobre los que se apoyó la política argentina de estas últimas cuatro décadas. Milei tiene pasta de líder. Es temerario, toma riesgos. Por eso el estado de la vida pública no se puede explicar si no hacemos referencia a la figura que llegó a la Casa Rosada.

-Milei es un outsider que llega al gobierno con más convicción que apoyos institucionales; que logró una gobernabilidad y una estabilización impensada; que cambió el eje de la conversación pública. ¿Cuáles son para usted las novedades más llamativas?

-El Presidente abrió su gobierno con una

apuesta muy ambiciosa y muy arriesgada, que muchos pensamos que podía salirle mal. Me refiero al fuerte ajuste del gasto con el que inauguró su gobierno: "No hay plata". Mostró que el teorema de Baglini no siempre se cumple. En algunos planos se mostró pragmático y negociador, pero en otros, como la tan mentada "batalla cultural", es difícil entender cuál es la racionalidad que lo guía. En fin, se trata de un panorama que combina osadía y pragmatismo, ambición y cálculo. También descubrimos que la sociedad argentina es capaz de tolerar y acompañar un ajuste de gran magnitud. Quizás porque la experiencia dramática de la alta inflación, que es una tortura cotidiana, mostró que el camino anterior era inviable. Milei entendió mejor que nadie que no se puede vivir sin un mínimo de certeza y previsibilidad.

-Hace referencia al horizonte de previsibilidad que otorga la baja de la inflación. Eso pasó también con dos experiencias que resultaron transitorias: el Plan Austral de Alfonsín y la Convertibilidad de Menem. En este caso, el tiempo dirá.

-Exactamente, fueron experiencias que pueden asimilarse a la actual, y algo enseñan. La estabilización de Sourrouille le permitió a Alfonsín ganar las elecciones de 1985, y la de Menem le dio triunfos en 1991 y 1993. Pero ambas terminaron mal: más rápido la de Alfonsín, más lento la de Menem. Y esos fracasos sugieren que la baja de la inflación no está asentada en piedra, y abren un signo de interrogación sobre la suerte de experiencia de Milei, que también depende de su desempeño económico. Un éxito de corto plazo no significa que un proyecto político de esta naturaleza haya venido para quedarse, sobre todo porque hay nubes que tapan el sol, como el atraso cambiario. A un año de su llegada al poder, Milei encara las elecciones de medio término con optimismo. Pero si alejamos el zoom me asaltan dudas. Toda discusión

sobre la emergencia de un nuevo orden es prematura, para no hablar de cualquier tentación hegemónica.

-¿Ve en Milei tentaciones autoritarias?

-Su valoración de la tradición democrática argentina es igual a cero. No me parece irrelevante que admire al líder que impulsó la toma del Capitolio, quizás la mayor afrenta a las instituciones de la democracia constitucional estadounidense en más de un siglo, y luego indultara a sus perpetradores. Espero que la lealtad de Milei al marco institucional sea mayor, no solo producto de constricciones externas. Al definirse como un *outsider* que viene a castigar a la casta dirigente de la era democrática, eligió ponerse por fuera de los consensos que dieron forma a la política argentina en el siglo XX. En parte lo ha hecho por razones pragmáticas, pero en su manera de razonar hay una impugnación más de fondo a como funciona la política democrática. Ratas, parásitos, inútiles: su opinión sobre los representantes de la soberanía popular no augura nada bueno para la construcción de una democracia de mejor calidad. Por ahora la Argentina le ha impuesto límites institucionales y sociales. Pero no sé qué pasará si desaparecen o se debilitan esos límites externos, si alcanza más poder.

-Siguiendo el razonamiento, ¿diría que, si le va bien a Milei, quizás le vaya mal a la Argentina?

-Una posibilidad es que, si le va muy bien a Milei, quizás no le vaya tan bien a nuestra democracia. Preferiría un resultado más gris. Como muchos otros, pienso que fue votado por una parte de la ciudadanía para castigar a una clase dirigente y para restaurar cierta normalidad en el funcionamiento de la economía. Ojalá pueda cumplir esa tarea, aún si el precio a pagar sea un legado problemático en términos de debilitamiento de las capacidades del Estado, y quizá también una sociedad más desigual. Si lo logra, una



parte muy importante de la sociedad se lo va a agradecer y, espero, de ahí en adelante, consagrado este nuevo piso, lo va a despedir, para buscar opciones más en armonía con nuestra cultura política.

—La Argentina tiene hoy un presidente con facultades delegadas que, por más que se ha mostrado pragmático, elige la confrontación a la cooperación y gobierna a decreto y veto. Quienes ven tentaciones autoritarias esperan que las instituciones encaucen, contengan y detengan esos impulsos.

—Lo has dicho como yo lo diría. Milei también trae como novedad, y como novedad desagradable, una visión poco tolerante y muy liberal, o antiliberal, del ideal de sociedad. Una sociedad tolerante acepta lo distinto, una liberal lo valora y lo celebra. Milei está en las antipodas de estas ideas, como vimos recientemente en Davos. Más allá de si el presidente está dispuesto a aceptar los límites institucionales que le impone la Argentina, su visión promueve un modelo de sociedad que me parece negativo y reprochable. En las últimas décadas, en el plano de las costumbres y las formas de vida, la sociedad argentina se ha vuelto mucho más tolerante y liberal. Tiene sectores conservadores importantes, pero se han movido en una dirección más amigable hacia quienes toman distancia de los mandatos patriarcales tradicionales y buscan su propio camino.

—Milei se presenta un cruzado de la libertad, al tiempo que rechaza la disidencia e insulta a los críticos. No ve una contradicción entre defender el "respeto irrestricto del proyecto de vida del prójimo" y las ideas antiliberales que promueve. ¿Qué daño le causa al liberalismo?

—Creo que los liberales tienen por delante un gran desafío, en el que se juega el prestigio de su credo. Tienen que ayudar a separar la paja del trigo. Esto significa una voz pública liberal

más potente, capaz de distinguir los aspectos que ellos ven positivos del programa de reforma económica en curso, de los aspectos negativos del modelo de sociedad que propone Milei. Si aceptamos ideas como las referidas a la asociación entre homosexualidad y delito, la sociedad argentina irá hacia destinos indeseables, no solo para los disidentes, sino para todos. Una sociedad más represiva y más gris, todo lo opuesto de lo que se pregona. Milei, con su barbarie, les ofrece una oportunidad para rehabilitarse como una fuerza liberadora, de modo de colocarse a la altura de la discusión sobre qué es una sociedad libre y tolerante en el siglo XXI.

—A grandes rasgos uno podría decir que una parte de la ciudadanía rechaza todo lo que propone Milei; otra parte lo apoya; y otros adhieren a las reformas económicas, pero cuestionan la "batalla cultural" y el desdén institucional. ¿Qué ve en estos universos?

—Coincido con tu descripción. Los votantes acompañan a Milei por distintas razones. Me parece que los que están en sintonía con su programa sociocultural son una minoría, a veces ruidosos, pero poco representativos del conjunto. Creo que aquel sector que acompaña a Milei por las razones económicas no se siente del todo cómodo con su programa sociocultural. Y que, legado el momento, debidamente interpelado por una dirigencia a la altura de las circunstancias, le pondrá límites. Esto depende, en alguna medida, de la capacidad de la clase dirigente para ofrecer alternativas mejores que las que ofreció hasta acá. Y por supuesto también depende de que la sociedad argentina sea sensible a esa interpelación que nos ayude a dejar atrás lo que en algunos aspectos es una etapa de horror y vergüenza. La moneda está en el aire.

—Usted fue a la "Marcha antifascista" convocada días pasados por el colectivo

LGBT, los feminismos y las diversidades. ¿Qué vio?

—Vi una manifestación muy diversa: las minorías, el colectivo LGBT, y mucha presencia de las clases medias urbanas, sobre todo de jóvenes. Mi impresión: ciudadanos que se identifican con la idea de que nuestro país tiene que ser una sociedad más plural, más amable con la diversidad, más liberal. La sociedad argentina posee una cultura cívica muy potente, sin par en América Latina. Y es una sociedad muy castigada por la adversidad económica. Esa tensión domina el momento actual. Por necesidad, medio país le dio a Milei licencia para avanzar con su programa de normalización económica, ignorando o incluso tapándose la nariz frente a sus aspectos más cuestionables. Pero, más allá de cambios generacionales y de fenómenos que afectan a la política en todo Occidente, no creo que haya habido un cambio de fondo en valores y expectativas. No estoy de acuerdo con quienes dicen que "la sociedad argentina ha cambiado y ahora el horizonte de ideas y las formas de representación van ser radicalmente distintos". Vicios de historiador, quizás, al que le cuesta ver el cambio. Pero no me apresuraría a decretar el fin de la Argentina volcánica y movilizadora tal como la conocimos por más de un siglo. ●

“
Los liberales tienen un gran desafío por delante, en el que se juega el prestigio de su credo. Tienen que ayudar a separar la paja del trigo”

Un historiador con ojo para la economía

■ Roy Hora es profesor de Historia por la Universidad de Buenos Aires y Doctor en Historia Moderna por la Universidad de Oxford (1988).

■ Es profesor principal de cátedra de la Universidad de San Andrés e investigador principal del Conicet. También es profesor titular regular en la Universidad Nacional de Quilmes

■ Es autor, entre otros libros, de *Los estancieros contra el Estado. La Liga Agraria y la formación del ruralismo político en la Argentina moderna* (2009), *Historia económica de la Argentina en el siglo XIX* (2010), *Historia del turf argentino* (2014) y *¿Cómo pensaron el campo los argentinos? Y cómo pensarlo hoy, cuando ese campo ya no existe* (2018)

■ Junto a Pablo Gerchunoff, en 2021 publicó *La moneda en el aire. Conversaciones sobre la Argentina y su historia de futuros imprevisibles*, un libro de diálogos entre el historiador y el economista

— DEBATES —

El triste precio de la estupidez

La ruidosa galopada reaccionaria que sacude Occidente se asienta en la reacción que provocaron veinte años de prédica de una izquierda woke canceladora

Arturo Pérez-Reverte
EL MUNDO

Aristides, según nos cuenta Plutarco en sus *Vidas paralelas*, era un político ateniense. Sometido a una consulta popular para establecer si se le condenaba al destierro —ostracismo se llamaba a eso, pues se escribía el voto en conchas marinas y en trozos de cerámica—, un ciego, que ignoraba quién era, le pidió que anotara por él su propio nombre. “¿Que te ha hecho de malo?”, preguntó Aristides mientras lo hacia. “Nada —respondió el ciego—. Pero estoy harto de oír decir que es una persona honrada”.

Hartzago es la palabra: un término menudo subestimado en política y otros ámbitos, pero cuyos efectos pueden ser lo mismo liberadores que tóxicos. De muchos hartzagos históricos surgieron derrocamientos y tiranías. Pocas cosas son tan ingobernables, por una parte, y tan manipulables por otra —si se cuenta con medios adecuados— como la reacción de las masas hartas de algo. O de alguien.

Asusta, y con razón, la ruidosa galopada reaccionaria que sacude Occidente. Después de dos décadas predicando lo contrario, los apóstoles del mundo feliz paritario e

igualitario, la izquierda de nueva generación, canceladora, facilona y woke, se lleva las manos a la cabeza preguntándose cómo es posible, después de tanta doctrina y tanta píldora aparentemente tragada por todos, cuando la batalla parecía resuelta, que al barco del progreso humano le entre agua por todas partes y los demonios largamente denunciados se hagan con el timón de la nave, trayendo consigo sus ajustes de cuentas, rencores y represalias.

¿Qué ha pasado, cómo es posible? se preguntan esos imbéciles. ¿Qué es lo que ha traído a la ultraderecha en Estados Unidos y Europa, resucitando fantasmas que parecían bien muertos y bajo tierra? Miran hacia todos lados palpándose la ropa con estupor. Quién diablos nos ha robado la cartera, inquierien. Pero el único lugar que no miran es el espejo, hacia ellos mismos. A su estupidez, irresponsabilidad e ignorancia, cuando no deliberada mala fe, que convirtió a una ultraderecha antes inexistente en Europa, o más bien minoritaria o residual, en pretexto, en factor útil para su hipócrita ejercicio de oportunismo político.

¿Cuándo cuajó esa derecha europea radical y arrogante? se lamen-

tan. Y la respuesta es aterradora: sencilla: cuando la izquierda de nuevo cuño dejó de ocuparse de los trabajadores para abrazar e imponer, llevándola a extremos irracionales y ridículos —tan antiamericanos como son para unas cosas, y tan babeantes para otras—, la peligrosa doctrina nacida en Harvard y la universidad de Carolina en la que se fue apoyando poco a poco, extendida como mancha de aceite, tanta basura ideológica: penalizar la libertad individual en favor de la sumisión grupal, retorcer hasta la más grotesca exageración conceptos útiles, nobles y necesarios como izquierda, igualdad, paridad, feminismo, antifascismo. Y todo eso, imponiendo mediante las redes sociales un matonismo abrumador, un régimen dictatorial ante el que primero claudicaron los más débiles y luego nadie se atrevió a discutir. Lo define perfectamente mi amigo Juan Soto Ivars —uno de los pocos que en los últimos tiempos se han mantenido valerosamente libres—: “Nadie hizo nada porque contradecir la monserga provocaba señalamiento, etiquetado, vergüenza. Preferieron ser discretos y que no les salpicara. Así se hizo mundo todo. Es alucinante que auténticos hilputienses lograsen, con

sus consignas rellenas de bilis, que multinacionales y gobiernos reptieran esa morralla. He visto a directores de empresa acojonados por las opiniones de una becaria y profesores de instituto dando la razón al más gritón, arrogante y bobo”.

Y así ha sido, literalmente. Hasta las grandes y pequeñas empresas e industrias internacionales, atentas siempre a cuanto signifique negocio, subieron a ese tren para asumir las consignas del momento con verdadero entusiasmo —la hipócrita fe del converso—, alardeando de ser más feministas, más paritarias, más inclusivas, más políticamente correctas que nadie. De ese modo, también lo woke ha sido pingüe negocio durante todo este tiempo. Bajo la dictadura de pandillas digitales que en las redes sociales fingían ser masas populares, mediante la infiltración y control de organismos del Estado, centros de trabajo y universidades, los paladines de lo woke lincharon a todo aquel que no se plegaba a la nueva dictadura: a quien no llamaba niños a delincuentes de dieciséis años y un metro setenta de estatura, a quien, sin dejarse influir por el miedo o la alienación ideológica, decía camionero en vez de transportista, inmigrante

en lugar de desagilpotez de migrante, alumnos en vez de alumnado, o hablase con naturalidad de padres sin precisar que hay parejas de padre y madre, y de madre y madre, o de sexo fluido, o de lo que carajo sea. A quien, en el humilde colegio de su pueblo, en vez de imponer la lectura de una autora feminista o un mediocre autor local —al que no lee ni siquiera el profe— proponía a Homero, Jorge Manrique, Cervantes o Pérez Galdós. A cualquiera que cuestionara, en fin, el lenguaje impuesto y las narrativas oficiales. Consiguiendo, de ese modo, la sumisión cómplice de los cobardes y el silencio cauto de los reacios a buscarse problemas, amordazando a la prensa escrita y digital, convirtiendo los centros escolares en escenario —teatral es el adjetivo adecuado— para chicas arrogantes, crecidas en su poderío, y para chicos atemorizados y confusos hasta el disparate, desconcertados primero y rencorosos después.

El caso, patente hoy, es que esos idiotas o canallas repartieron certificados de democracia, de solidaridad, de igualdad; decretaron un multiculturalismo postizo e imposible, acomplejado ante el radicalismo islámico —profesoras con



Elon Musk y Donald Trump en el Salón Oval de la Casa Blanca, el martes; entre ellos, el hijo del magnate

ANDREW HARNIK/GETTY

LA REGIÓN —

velo dan clase a niñas europeas y la tumba de Carlos Martel en Poirers necesita protección antiterrorista — Dictaron una manera determinada de ser y de pensar, atormentando a sus víctimas con escrachas infames. Impusieron a toda costa su lenguaje, a menudo impostado y absurdo, desafiando no sólo las normas sabias de las academias, sino el más puro sentido común. Se granjearon, en fin, después de calzarnos tanto miedo y tanta basura, la antipatía de la gente normal e incluso el rechazo inteligente de algunos de los colectivos a los que aseguran defender.

En España, naturalmente, nuestra nueva izquierda —la que en su inculta fatuidad reniega de Julio Anguita y de Felipe González— se puso a la cabeza. Se erigió en administradora única del negocio, y utilizó la palabra negocio con absoluta deliberación. La cosa empezó con lo normal, lo razonable, lo necesario, la pautilina toma de conciencia de que hay vicios sociales intolerables. ¿Quién, salvo una bestia reaccionaria, no iba a asumir y apoyar eso? Pero el asunto exigía, por razones tácticas, tener un monstruo enfrente; y si éste no existía o no era lo bastante poderoso, fabricarlo. Engordarlo bien. De ahí la magnificación de una derecha extrema que antes apenas pesaba en la vida pública, y que ahora abunda en los telediarios y que incluso se ha creído de verdad a sí misma, alentada por individuos de la catadura del tal Buxadé o el siniestro Herman Tertsch. Pero al principio no era así, y de ahí proviene el apunte tóxico, el señalamiento, el adjetivo fascista aplicado a cualquier desacuerdo, cualquier disidencia, cualquier reacción opuesta, por argumentada y razonable que fuera o sea. De ahí, en fin, la equiparación de unos con otros, la cancelación, la prepotencia y la venganza, las campañas desencadenadas incluso contra las personalidades de izquierda o periodistas que, como mi también amigo Antonio García Ferreras y otros comunicadores e intelectuales brillantes, no quisieron marcar a ciegas el nuevo paso de la oca que ordenaban desde el mostrador de la taberna Garibaldi. Sicarios de esa izquierda dogmatizaban y acusaban, y siguen haciéndolo, en los medios digitales y las tertulias radiofónicas y televisivas. Y tan agresiva dictadura acabó envienciendo palabras nobles y perjudicando luchas justas.

Al final, claro, se acabaron viendo las costuras: la hipocresía y el turbiosiego de quienes pontificaban, calumniaban y señalaban. El hermano yo te creo de Irene Montero y sus violadores libera-

dos por la nueva ley, el chúpame la minga de Pablo Echenique, la venenosa bajonería y mala indole de Pablo Iglesias, gallito del harén, que las azotaría hasta hacerlas sangrar —prepárense, pues se dispone a volver mediante señora interpuesta—, el ridículo lenguaje cursi-infantil de Yolanda Díaz, el farisaico pseudofeminismo del hoy cancelado y escondido Peio Riaño —patético agitador cultural que sostenía que los cuadros de El Prado son machistas—, el enhiestombro viril de Iñigo Errejón y tanta basura, tanto camelo barato, tanta mierda empaquetada para su venta a granel por ciertos medios informativos digitales que, con eso y alguna ayudita financiera extra, se ganan la vida. Y de nuevo recurro a mi querido Soto Ivars para expresar lo que yo no diría mejor que él: *“No creían verdaderamente en nada de lo que decían: eso lo supimos más tarde, cuando fueron despeñándose. El daño que han hecho a los colectivos que supuestamente defendieron todavía no se puede medir; hay que esperar a conocer la temperatura exacta de la reacción furiosa que han despertado. Lo indiscutible es que quebraron el progreso. Las sociedades occidentales eran cada vez más igualitarias, inclusivas y diversas, pero ellos no podían vivir sin su batalla. Ahora, a saber qué pasará”*.

Y lo que pasará, lo que inevitablemente tenía que pasar, está pasando. Que las grandes empresas norteamericanas como Disney, Macdonald's, Harley Davidson, Ford, Meta, Cartepillar, Amazon, bancos poderosos y fondos de inversión —los europeos irán detrás, como siempre— empiezan a adaptarse al nuevo clima político; y en parte por miedo a las represalias de la derecha emergente y en parte porque comprueban la temperatura, templán el vocabulario y retiran dinero de campañas que antes apoyaban. Atentos al sentir penular de su clientela, se desmarcan cada vez más de esas dos décadas de presión y sobreactuación insostenible. O sea que, en mayor número, los ciegos atenienses piden a Aristides que escriba su propio nombre en la concha y se vaya a hacer puñetas. Y lo hacen como era previsible —y temible— que lo hicieran: yéndose peligrosamente al otro lado, propiciando el resurgir en España, en Europa, en los Estados Unidos, de un ultranacionalismo conservador, crudo, arrogante, agramente populista, al que ahora se acogen los cabreados y los desesperados, los fatigados de tanta demagogia y tanto cuento chino: no solo para darle su voto, que al fin y al cabo de eso trata la democracia, sino para confiarle la revancha, la venganza contra todo aquello que semejantes cantamañanas les hicieron engullir durante veinte años. Por los daños irreparables causados, por la incertidumbre y el disparate.

Nada tranquilizador, desde luego: se avencinan horas negras, y Trump de nuevo en la Casa Blanca es el más perverso ejemplo. Pero lo peor del asunto es que los mismos que, allí y aquí, hicieron posible la tormenta se proclaman ahora a más necesarios que nunca, postulándose a sí mismos para combatirla. Seguirán ahiesperando otra vez su hora, confiados en que el futuro péndulo de la Historia los favorezca de nuevo entre los escombros del mundo razonable que tanto han contribuido a demoler. Al fin y al cabo, las ratas son los únicos animales capaces de sobrevivir a cualquier desastre. ●

¿Cuándo cuajó esa derecha radical y arrogante? La respuesta es terriblemente sencilla: cuando la nueva izquierda dejó de ocuparse de los trabajadores.



Nicolás Maduro y Diosdado Cabello, la semana pasada

CRISTIAN HERNÁNDEZ/EP

Maduro parece seguir los mismos métodos criminales de Putin

El régimen chavista persigue y mata a los disidentes fuera de Venezuela, según surge de un asesinato ocurrido en Chile

Por Jack Nicas, Pascale Bonnefoy y John Bartlett
THE NEW YORK TIMES

NUEVA YORK
Poco después de las 3 de la madrugada del 21 de febrero de 2024, un ariete abrió de golpe la puerta de un apartamento en el piso 14 y tres hombres vestidos con el equipo táctico de la policía china entraron precipitadamente. Blandiendo pistolas, agarraron a Ronald Ojeda delante de su esposa y su hijo de 6 años y se lo llevaron en ropa interior.

Ojeda, exoficial del ejército venezolano de 32 años, era un disidente político aislado en un barrio de clase media de la capital de Chile, Santiago. Había intentado organizar complotos para derrocar a Nicolás Maduro, el líder autocrático de Venezuela, y semanas antes el gobierno de Maduro lo había tachado públicamente de traidor. Cuando su esposa llamó a las autoridades chilenas, les dijo que al menos uno de los captores de su marido tenía acento venezolano.

Nueve días después, las autoridades descubrieron al otro lado de la ciudad una maleta enterrada debajo de casi metro y medio de hormigón. Dentro, metido entre cal viva, estaba el cuerpo de Ojeda. Ahora, tras un año de comenzada la investigación, las autoridades chilenas confirman los temores de los disidentes venezolanos: escondidos por todo el mundo: las pruebas indican que el gobierno de Maduro ordenó el asesinato de Ojeda.

Deser cierto, el caso representa una escalada en los esfuerzos de Maduro por aplastar cualquier amenaza a su régimen, y las acusaciones llegan justo cuando el presidente Trump inicia un nuevo diálogo con el autócrata con la esperanza de deportar a los venezolanos indocumentados.

Maduro ha mantenido su

control sobre Venezuela encarcelando a opositores políticos en su país. Pero el asesinato en Chile sugiere que el líder venezolano también ha adoptado las tácticas de su estrecho aliado, el presidente Vladimir Putin de Rusia, de llegar a naciones extranjeras para asesinar a rivales políticos.

“Ahorita todo el mundo tiene miedo. Nadie dice dónde está, cómo se refugiaron, a qué país llegaron, donde fueron”, dijo Zair Mundaray, exfiscal del Ministerio Público de Venezuela que recientemente huyó del exilio en Colombia a un país que no quiso identificar tras enfrentarse a amenazas de personas que, según cree, son agentes venezolanos. “A partir de lo de Ojeda, hubo un punto de inflexión”.

Chile ha celebrado audiencias para acusar a 19 personas que, según las autoridades, participaron del asesinato de Ojeda. Los fiscales chilenos dijeron que la mayoría de ellos son miembros de la rama chilena del Tren de Aragua, un grupo criminal venezolano que Trump quiere designar organización terrorista.

Carolina Tohá, ministra del Interior y Seguridad Pública de Chile, dijo que tres personas han declarado que el gobierno venezolano contrató a Tren de Aragua para asesinar a Ojeda. Una de esas personas dijo que el ministro del Interior de Maduro, Diosdado Cabello, ordenó personalmente el asesinato.

Los investigadores chilenos creen que agentes de contraespionaje venezolanos han trabajado desde la embajada de Venezuela en Santiago, según un funcionario de alto rango. Estas acusaciones se producen en un momento en que Donald Trump se ha acercado a Maduro. Richard Grenell, enviado especial estado-

unidense, se reunió con el dictador en Caracas, y regresó con seis estadounidenses que habían sido retenidos en Venezuela.

La semana pasada, el nuevo zar de fronteras estadounidense, Tom Holman, declaró al Times que los vuelos de deportación a Venezuela comenzarían dentro de un mes. Muchos observadores internacionales han dicho que devolver a los venezolanos a su país bajo el gobierno de Maduro sería una sentencia de muerte.

El gobierno de Maduro tiene un largo historial de abusos contra los derechos humanos dentro de Venezuela, pero también lleva años persiguiendo a disidentes en el extranjero. Para ello, Maduro se ha apoyado en una red de agentes venezolanos, bandas criminales y grupos rebeldes aliados para vigilar, intimidar y, en algunos casos, secuestrar a disidentes fuera de Venezuela, según exfuncionarios y expertos.

En diciembre de 2023, Ojeda viajó a la frontera colombiana para tramitar un levantamiento contra Maduro con otros disidentes, según un abogado de la familia de Ojeda. Allí, el Ejército de Liberación Nacional, grupo guerrillero colombiano, capturó al líder de los disidentes —un militar retirado llamado Anyelo Heredia— y lo llevó de vuelta a Venezuela, según Pablo Parada, disidente cercano a Heredia. Ojeda escapó. Un mes después, el gobierno venezolano publicó una lista de 33 militares que, según dijo, se habían vuelto contra el país. “Cero tolerancia con los traidores”, decía el documento. Los nombres se extrajeron del teléfono de Heredia, y muchos de los que estaban en Venezuela fueron encarcelados. Ojeda también estaba en la lista. Menos de un mes después, fue asesinado. ●

ENSAYO —



Borges en su oficina de la Biblioteca Nacional (en Calle México 564), en 1971

EDUARDO COMESAÑA/GETTY

Borges y la traición

Un homenaje secreto del maestro a Roberto Arlt

Tanto el autor de *El juguete rabioso* como el de *El Aleph* abordaron el tema de la delación; uno lo enmarcó en el conflicto de clases; el otro privilegió lo existencial

Marcelo Gioffré
PARA LA NACION

El texto que sigue es una síntesis de la conferencia que el autor ofreció el 6 de febrero en la Feria del Libro de Nueva Delhi, India, en un evento dedicado a Borges y organizado por el Instituto Cervantes del que también participó Osvaldo Ferrari

Por mucho tiempo se consideró que Borges no había leído ni tomado en cuenta a Roberto Arlt. Nacido en el año 1900, es decir, un año menor que Borges, Arlt fue el primer novelista moderno y urbano argentino, rompió con la tradición de una literatura rural y decimonónica que giraba en torno al *Martín Fierro*. Vivió solo 42 años. Su vida fue turbulenta y estuvo signada por la severidad y el sadismo de su padre inmigrante, la pobreza, la muerte por tuberculosis de sus dos hermanas, la expulsión de varias escuelas y la huida de su casa cuando era un adolescente.

El "Grupo de Boedo", al cual la crítica lo adscribió, aludiendo a la calle periférica de la editorial Claridad, en la que sus miembros publicaban, y del café El Japonés, donde se juntaban, se caracterizaba por su temática social, sus ideas de izquierda y su acercamiento al movimiento obrero. El antagonista era el "Gr-

Roberto Arlt, autor de *El juguete rabioso*

ARCHIVO

po de Florida", que integraba Borges, nucleado alrededor de la revista *Martín Fierro*, cuya sede quedaba en pleno centro de la ciudad, Florida y Tucumán, y del Bar Richmond, que también estaba en la calle Florida, una zona por aquella época muy refinada. Este segundo grupo se centraba en la elegancia estilística, el europeísmo y la aparente despreocupación por los temas sociales.

Sin embargo, en 1970, cuando tenía 71 años, Borges publicó un cuento en el libro *El informe de Brodie* cuyo título es "El indigno". Relata la historia de un librero judío, Santiago Fischbein, hombre culto y sensato, huérfano de padre, que de adolescente había trabado amistad con un compadrito llamado Francisco Ferrari, que solía hacerse respetar aun en los barrios bajos y bravos. Ferrari urdió un robo a una fábrica textil donde trabajaba una parienta y designó a Fischbein para que hiciera de campana. El asalto estaba previsto para un viernes a la noche. Dos días antes Fischbein fue a la policía y contó que Ferrari estaba tramando. El que lo atendió, un tal "Alt", le dijo que cumpliera la misión que Ferrari le había encargado pero que, cuando viera llegar a la policía, no avisara. Así sucedió: la

policía entró a la fábrica cuando los ladrones estaban adentro, aunque Ferrari no opuso resistencia porque andaba sin revolver, lo mataron sin piedad.

Recién en 1981 el escritor Ricardo Piglia, un especialista borgiano, reveló en su novela *Respiración artificial* que este cuento escondía una secreta relación con Roberto Arlt. No por nada en el prólogo del libro, como al pasar, Borges cita a Arlt y luego, en la trama del mismo cuento, el empleado que recibe a Fischbein en el departamento de policía, cuando va a delatar a Ferrari, se llama "Alt". Son pistas que Borges va soltando, migas que deja caer, como un hilo de Ariadna.

En 1926, cuando Arlt tenía 26 años, escribió la novela *El juguete rabioso*, cuyo personaje central, Silvio Astier —que era corredor de papel, es decir que vendía la materia prima del libro—, otro huérfano de padre, es invitado por el Rengo —un cuidador de carros en la feria de Flores, trabajo de las capas bajas de la sociedad—, a realizar un robo en la casa del Ingeniero Vitri, el patrón de su novia, que trabajaba allí de mucama. Astier se presenta en la casa de Vitri y le cuenta todo. El Rengo y su novia intentan el robo y terminan presos.

Las similitudes son evidentes. El tema más obvio es la traición, pero hay un interrogante que circula por detrás de las delaciones: ¿por qué el librero Fischbein y Silvio Astier delatan? Lo primero que salta a la vista es que ambos, que vienen de una clase media baja, quieren progresar dentro de la sociedad, no quieren atacar el derecho de propiedad sino incorporarse al flujo de bienes que la sociedad trafica. Para Fischbein el mundo pintoresco pero lumpen de Ferrari es atractivo pero, a la vez, no representa lo que él quiere en la vida: su utopía es ser un intelectual, manipular libros, compilar una antología de Baruch Spinoza y ser amigo de Borges. En paralelo, Astier ve en el Rengo todo lo que no quiere ser. Del mismo modo que los dueños de la tejeduría, el Ingeniero Vitri y la policía representan para ambos el mundo pequeño burgués al que aspiran y la legalidad que custodia ese mundo.

Pero tanto Fischbein como Astier podrían haber rechazado las ofertas de Ferrari y del Rengo, sin necesidad de incurrir en el acto canallesco de la delación. El problema es que, en ciertas sociedades y en ciertos momentos, muchos sienten que progresar requiere sobreactuar los rasgos perversos, mostrar a los que uno quiere seducir que se está dispuesto a traicionar a sus pares para congraciarse con los que tienen dinero y poder. Las delaciones no serían, a la luz de este análisis, actos gratuitos, meramente canallescos, sino el precio que los que no nacieron en cuna de oro tienen que pagar para acceder a la integración social. O se es chorro —y se elige atacar a la sociedad— o se es buchón —y se elige mandar al muere a sus compañeros de clase para confraternizar con los de la clase más alta.

Adviértase que en las dos historias los que reciben la delación, el policía Alt en el caso de Fischbein y el Ingeniero Vitri en el caso de Astier, sienten la incomodidad de estar frente a *batidores*, que es una de las escalas más detestables incluso para las capas medias y altas. El policía Alt y el Ingeniero Vitri, en un entrecruce de valores, cuestionan los actos de Fischbein y Astier, pero eso no impide que en un caso Alt mande a matar a Ferrari y su pandilla y en el otro Vitri mande presos al Rengo y a su novia; es decir, que la burguesía se queda con un doble botón: con una reapropiación ética y con los bienes que le querían arrebatar.

La legalidad del mundo honrado

tiene un doble estándar pero, como ha señalado con agudeza Carlos Garmierro, ambas plusvalías —tanto la ética como la económica— se las quedan los burgueses. Los colaboracionistas son despreciados por pobres y por colaboracionistas.

Sin embargo, me parece pertinente hacer una distinción. El cuento "El indigno" de Borges es un homenaje cifrado, una compensación simbólica a *El juguete rabioso* y a Roberto Arlt, a quien no se privó de criticar en entrevistas públicas. Así como algunas veces Borges inventaba autores para hacer citas imaginarias, otras veces oscurecía, taponaba, disfrazaba obras reales para sembrar pistas que pudieran ser descubiertas en otros tiempos, como esas cartas que se dejan para ser abiertas dentro de 200 años.

En la obra de Arlt no hay duda de que está presente el conflicto de clase: él tenía ciertas ideas revolucionarias, como parece probarlo su novela *Los siete locos*. Tal vez con la historia de *El juguete rabioso* les está diciendo a los Silvio Astier que no vale la pena rebajarse tanto, que igualmente los burgueses no los van a querer. En el caso de Borges y "El indigno", el conflicto de clase también está, pero en tanto crítica, en clave de homenaje a Arlt, no en cuanto concierne a sus propias ideas políticas, que por lo demás nunca fueron del todo claras.

No olvidemos que, solo seis años después de este relato, Borges recibió en Chile una condecoración "honoris causa" de manos del dictador Augusto Pinochet, en esa ocasión, pronunció un discurso comparando la forma geográfica de Chile con una espada justiciera que ponía fin al desatino interno desatado por el comunismo. No solo ya habían pasado tres años del golpe de Estado, no solo se sabía de los arrestos masivos y de los asesinatos perpetrados por el propio Estado, como el de la militante "Lumi" Videla en 1974 —cuando tiraron el cadáver dentro de la Embajada de Italia, en represalia porque aceptaban refugiados—, sino que ese mismo día 21 de septiembre del 76 en el que Borges recibía la distinción, en Washington, en un atentado de carácter político del cual es muy difícil desmarcar a Pinochet, resultaron asesinados el excanciller Orlando Letelier y su asistente, Ronni Moffitt.

¿Que significa entonces en Borges la actitud de Fischbein, además de ser un crítico homenaje a quien había renovado la forma de escribir en la Argentina? Si prestamos atención a la trama de "La intrusa", otro cuento de *El informe de Brodie*, encontramos a dos hermanos inseparables, los Nilsen. Uno de los dos, Cristian, el mayor, se llevó a vivir con ella una mujer, "la Juliana". Al poco tiempo los hermanos empezaron a compartirlo, lo que trajo problemas entre ellos que redundaban en que no pudieran trabajar bien y progresar. Otra vez la idea del progreso social. Entonces fueron y la vendieron en un prostíbulo. Pero la extrañaban y alternativamente visitaban ese prostíbulo para tener relaciones con Juliana. Borges señala: "Los dos habían cedido a la tentación de hacer trampa". Para tenerla más a mano, la recompraron. Pero, como volvieron a las andadas, la borraron. Con gran poder de síntesis, un hermano le dice al otro: "A trabajar hermano... Hoy la maté".

Me parece interesante la comparación: vender a Juliana en un lupanar no bastó, era una solución imperfecta, defectuosa, necesitaban que no estuviera más, que desapareciera completamente, para que esa pasión malsana que los pervertía no tuviera el objeto pasivo donde prender y desarrollarse. Del mismo modo, a Fischbein rechazar la oferta

de participar en el robo que le había propuesto Ferrari no le bastaba, porque él quería ser un librero y un intelectual, pero llevaba un compadrito adentro al que tenía que liquidar. Y para matar a su propio compadrito interior necesitó delatar y que la policía "ardiera a balazos" a Ferrari y sus pandilleros.

De modo tal que en Borges poner en circulación la delación de Fischbein, como un vicario secreto de Astier, más que un conflicto entre clases sociales es una solución existencial. Los emplastos no sirven, los problemas se resuelven de modo definitivo. Si solo se tapan y remiendan, vuelven, porque lo oculto, eso que los franceses llaman *cache* para referirse a Argelia, pugna siempre desde lo subterráneo, como una infección. Tal vez por eso a Borges no le pareció del todo mal que Pinochet resolviera el problema de Chile del modo en que lo hizo, con la espada justiciera.

Durante muchos años no me traté con María Kodama, porque yo era amigo de María Esther Vázquez, su archienemiga. Ya muerta María Esther, tropecé con Kodama en algunas reuniones sociales: primero en la Embajada de Francia, luego en la casa de unos amigos en común. Y así fue que el viejo recelo se dispuso y entablamos una buena relación. Una de las últimas veces que la vi fuimos juntos del departamento donde habíamos compartido una comida. Recuerdo que me pidió permiso para tomarme del brazo, mientras caminábamos hasta el garaje. En el último año de vida, ella había dejado su casa de la calle Rodríguez Peña y se había ido a vivir a un hotel en Recoleta, según decía porque le resultaba más fácil estudiar donde no sonaban constantemente el teléfono y el timbre. Sospecho, sin embargo, que ya sabía de su enfermedad y temía morir sola y ser descubierta varios días después: en un hotel, en cambio, si el personal golpea para limpiar y nadie responde, entran y revisan. Una suerte de precaución póstuma.

La llevé aquel día en mi auto, paré en la dársena de acceso del Loi Suites y, como por suerte nadie me apuró, nos quedamos allí charlando una media hora más. Me contó una anécdota que pretendía pintar a Bioy Casares, el amigo de toda la vida de Borges, como un canalla, aunque a ella le molestaba no tanto el presunto rasgo de traidor sino el de donjuán (esa fue la palabra que usó). En una oportunidad, en el departamento de Posadas de Bioy y Silvina, en un momento en que Borges fue al baño y Silvina a la cocina, Bioy le habría pedido a Kodama su número de teléfono, con el pretexto de que su cara era perfecta para ser fotografiada; como se sabe, a Bioy le gustaba sacar fotos. Siguió: "Esperé un poco, hasta que Borges volviera del baño, y le dije que no necesitaba mi teléfono, que cuando quisiera le dijera a Borges y él me avisaba".

No sé si la anécdota fue o no real, ella me la contó con esa voz pausada y casi imperceptible en aquella noche de Buenos Aires, en la intimidad de ese tiempo suspendido que nos confería la cápsula blindada del automóvil. Es verdad que Bioy era un picafloir irredimible, pero no imagino a Borges y Bioy compartiendo a Kodama como los Nilsen a "la Juliana", ni siquiera a Bioy traicionándolo, como Fischbein a su amigo. Prefiero quedarme con aquella frase que Bioy Casares larga en la entrada del 14 de junio de 1986, en el monumental *Borges de Bioy*, cuando va a pedir algo a un diariero cerca del café La Biela y recibe la noticia de la muerte lejana, en Suiza: "Fui a otro kiosco de Callao y Quintana, sin tener que eran mis primeros pasos en un mundo sin Borges". ●

PERSONAJES —

Javier Cercas

Un manifiesto a favor de la utilidad del arte y la literatura

El escritor español responde a los que dicen que no hay que desviar un solo peso para difundir la cultura

Nicolás Nova
PARA LA NACION

Javier Cercas es —como el personaje de una de sus novelas— un gran impostor. Es que Cercas, en este mundo de artificios, se hace pasar por quien verdaderamente es, lo cual parece tener desconcertado a más de uno.

Su admirador Jorge Luis Borges ya había inmortalizado esta estrategia en su breve ensayo "El truco" (*JLB. El idioma de los argentinos*, 1928), recreando, con su habitual maestría, el diálogo que dos recelosos baratijeros sostienen en medio de la gran llanura rusa:

—¿A dónde vas, Daniel?
—A Sebastopol —dijo el otro y dictaminó:

—Mientes, Daniel. Me respondes que vas a Sebastopol para que yo piense que vas a Nijni-Novgorod, pero lo cierto es que vas realmente a Sebastopol, ¡Mientes, Daniel!

Pues así lo hace Cercas, quien, bajo el ropaje de un simple escritor alejado de toda pretensión de protagonismo, se muestra una y otra vez en el centro de la escena pública para hacernos reflexionar sobre los temas más candentes de nuestra época. Es decir, Cercas se hace pasar por intelectual para hacernos creer que es inofensivo, pero resulta que el muy astuto se comporta finalmente como un verdadero intelectual, e incluso reconoce que es capaz de decirle no a los suyos cada vez que resulte necesario defender una idea justa. ¡Mientes, Cercas!

Anatomía de un instante. Rodeando el Prado, remontando el suave repecho de la calle de Felipe IV hacia Ruiz de Alarcón, puede uno instalarse en el epicentro de ese rincón mágico que aquí conforma con la Iglesia de los Jerónimos y la Real Academia Española. No hay como asomarse a ese anfiteatro natural y absolutamente único, y si tienes suerte y un artista callejero añade la música de su violín a la improvisada función, el espectáculo es total.

No hace mucho, a pocos metros de allí, Cercas se hacía pasar por Cercas, plantándose a pie firme en un escenario que, curiosamente (y más allá de la geometría), traía a la memoria al famoso hemiciclo del Congreso de los Diputados, a los sucesos retratados en aquel afamado libro que brilla desde su propio título, *Anatomía de un instante*.

En el centro del imponente Salón de Actos de la Real Academia Española, el autor de *El monarca de las sombras* se presenta a formalizar su ingreso a la prestigiosa institución. De impecable levita, con el pelo algo revuelto e inquieto que se mueve al son de su ímpetu, se asemeja Cercas a un

director de orquesta que va cautivando a su público poco a poco, casi sin que éste pueda advertirlo. Viejo zorro contador de historias, va entretejiendo ilusiones y verdades a la par: lo es a su antecesor Javier Marías, recuerdos entrañables de su pueblo y de sus padres, citas de grandes escritores, y más, mucho más. Su discurso, leído con particular énfasis, se titula: "Malentendidos de la Modernidad. Un manifiesto".

Malentendidos. El primer malentendido al que refiere Cercas es aquel que ha pretendido refugiar al escritor "en su torre de marfil", figura que el flamante académico tilda de "leyenda falaz". El segundo es aquel que sitúa a los autores por sobre los lectores, cuando la realidad indica que "cada lector crea su propio libro, leyéndolo desde su propia experiencia", a punto tal (y vaya si lo supo Pierre Menard) que existen "tantos Quijotes como lectores del Quijote". El tercer malentendido nos dice que la buena literatura no puede ser popular, criterio que el filólogo se encarga de refutar con dureza, con ejemplos de obras que fueron tan populares como excelsas, sea en vida de sus autores o luego de su fallecimiento. Y el cuarto y último malentendido que su manifiesto refuta es aquel que dice, nada menos, que el arte es "completamente inútil".

Llegado este punto, la audiencia ha caído presa de este baratijero vendedor de ilusiones. Cercas dice que no hay que callar y no calla (¡Mientes, Cercas!), pues resulta imperioso enterrar de una vez por todas el concepto rastro de utilidad de una época embobada por el beneficio mercantil y el progreso técnico, para

Cercas nos hace reflexionar sobre los temas más candentes de nuestra época

Colocar al escritor en una torre de marfil es un error, señala

que todos puedan ver con claridad que el arte y la literatura son útiles y siempre lo han sido.

El debate no puede resultar más acuciante y actual, cuando, a lo largo y ancho del mundo pandillas de obscenos arribistas pretenden imponer nos desde un poder prestado la idea absurda de que no vale la pena desviar un solo recurso público al cuidado y difusión de la cultura. Esta concepción encierra, sin más, un fenomenal suicidio colectivo al que todos son invitados (o peor, obligados) a sumarse con fervor, sometiéndose a un proceso de autodestrucción que, detan lento y doloroso, tarda una vida misma en consumarse.

¿Qué hacemos, pues, ante esta realidad? ¿Callamos? ¿O acaso no es indispensable levantar ya mismo la voz y, especialmente, nuestras mejores voces, las de nuestros intelectuales, para que ellos también nos traigan los ecos y la sabiduría de aquellos que los han precedido, cimentando las bases de nuestra civilización?

El manifiesto de Cercas contiene una respuesta lúcida y categórica frente a esas ideas devastadoras. Allí el novelista primero interpela: "¿Cómo es posible que sigamos enrocados en la sandez palmaria de la inutilidad del arte?" Y luego dice: "La literatura es una forma de vivir más, de una manera más rica, más compleja y más intensa... una irresistible incitación a la aventura más radical, arriesgada y revolucionaria: la aventura de vivir una vida acorde con nuestros sueños y nuestros deseos".

Allí está Cercas, en el centro de la escena, con ironía punzante, para preguntarse y preguntarnos: ¿existe, acaso, algo más útil que eso?

El acto concluye con un cerrado aplauso: el profesor Cercas ya es, formalmente, un académico de la Lengua. Como aquellos hombres buenos de Pérez-Reverte, no dudaría en hacer todo lo que esté a su alcance para resguardar el valor de una idea y, especialmente, para defender el valor de debatir en torno a ella. Al fin y al cabo, si para algo nos han sido dadas las artes y nuestra lengua con toda su riqueza, es para expresar con pasión nuestras emociones y nuestras más íntimas convicciones. Y también, claro, para levantar enérgicamente nuestra voz contra todo aquello que pretenda, de una u otra forma, cercenar esa libertad esencial.

Tal vez sea esta la vocación última de todo intelectual que se precie, e imagino que algo de ello habrá rumiado Javier Cercas, impostor y baratijero, camino a Sebastopol. ●

Abogado

ENTREVISTA —

Salman Rushdie, el autor indio de 77 años que sobrevivió a un ataque de quince cuchilladas en 2022, tiene excelente sentido del humor. Pasó recientemente por el Hay Festival de Cartagena para presentar su libro *Cuchillo*, sobre aquel atentado en el que casi pierde la vida, y le ha dicho al público en Colombia que tienen caras amistosas, menos amenazantes a la de quien, hace tres años, lo atacó salvajemente frente a una audiencia parecida.

Rushdie, a quien el régimen islámico iraní amenazó de muerte en 1989 por su libro *Los versos satánicos*, señala en conversación con este diario que en ese momento a los críticos se les olvidó leer entre líneas el buen humor con el que salpicaba sus libros. El atentado en su contra, perpetrado por Hari Matar, un estadounidense de origen libanés de 27 años, le quitó al escritor las ganas de ir a eventos públicos, pero ha regresado como un acto de resistencia, con el amor de su familia en una mano y la risa en la otra.

En momentos en que se inicia el juicio por el atentado en un tribunal del norte del estado de Nueva York, Rushdie habla sobre la poesía que le faltó a Netflix al ilustrar *Cien años de soledad*, sobre su nueva relación con la muerte y sobre la crisis migratoria en Estados Unidos.

—La primera vez que usted vino a Cartagena, en 2009, pidió no tener escoltas porque quería caminar libre por la ciudad. Después de estar tan cerca a la muerte en 2022, ¿sigue resistiéndose a la presencia de guardaespaldas?

—Sí, me resisto, excepto ante un público muy grande. Cuando hay más de mil personas es imposible no tomar precauciones. El Hay Festival ha tratado el tema de forma muy profesional, asegurando la seguridad sin que esta sea muy intrusiva para la audiencia. Yo solía vivir una vida perfectamente normal, pero ahora no puedo correr el riesgo de un nuevo ataque.

—¿Lo pone nervioso estar frente a una audiencia como la de este festival?

—Aún estoy redescubriendo eso. Durante un buen periodo decidí no hacer eventos públicos, era muy sensible, no me sentía listo. Pero no quiero pasar el resto de mi vida siendo invisible. Cuando se publicó *Cuchillo* hice pocos eventos, en Alemania, Francia, Italia, uno pequeño en España, y estoy aprendiendo de nuevo. Mi instinto me pide no exagerar con la seguridad, porque el peligro no es un ejército de personas contra mí. En 2022 fue solo un individuo, loco, el que me atacó.

—Habla siempre de cómo el amor lo ayudó a recuperarse de ese evento traumático, pero quienes lo conocen dicen que tiene un muy buen sentido del humor. ¿Lo ha ayudado la risa?

—Sí, y siempre ha sido así. En mis primeros libros, cuando la gente los reseñaba, decían que eran muy divertidos. Luego, como lo que pasó con *Los versos satánicos* no fue nada divertido, la gente dejó de hablar de mis textos como divertidos, aunque mi forma de escribir no había cambiado. Eso ha variado algo con los años. Se me ha permitido ser divertido de nuevo, pero mi escritura con humor ha estado ahí siempre.

—Cuando lo amenazaron de muerte, en 1989, cuenta que mucha gente temía estar a su alrededor y se alejaron. ¿Pasó algo parecido después del ataque?

—No, para nada, al contrario. Incluso en 1989. Claro que había un elemento de miedo, pero mis amigos

fueron muy leales, muy cercanos, y eso me ayudó mucho. El miedo era sobre todo en el círculo de personas después de ellos. Yo también me pregunté si lo mismo ocurriría esta vez, pero no, y para dejarlo muy claro: creo que si alguien intenta matarte, la gente siente mucha empatía hacia ti. Mucha gente se sintió feliz de que yo no hubiera muerto.

—¿Cambió su relación con la muerte tras ese episodio?

—La siento más cerca. Ninguno de nosotros sabe cómo se va a acabar esta película, nuestra vida, pero pude ver el trailer antes del final, pude ver que me moría. Fue un momento poderoso y, literariamente, muy interesante, porque te hace pensar mucho sobre la muerte. En mi familia las mujeres llegaron a los 100 años, mientras que los hombres no, así que espero seguir más la línea femenina de la familia.

—¿Ha pensado en escribir algo más sobre esa nueva relación con la muerte además de *Cuchillo*?

—Sí. Aunque no tengo una idea de cómo, creo que cuando algo tan significativo ocurre en la vida de un artista, saldrá reflejado en su obra de una u otra forma. Como va a salir, no te puedo decir, pero estoy seguro de que así será.

—Cien años de soledad fue una gran influencia en su literatura. ¿Qué tan cercano fue a García Márquez?

—Pienso en él siempre que vengo a Colombia. Nunca nos conocimos pero si hablamos una vez por teléfono, gracias a Carlos Fuentes. Yo estaba en Ciudad de México, cenando con Fuentes, quien dijo: "Es una locura que ustedes dos no se conozcan". García Márquez estaba en Cuba, visitando a Fidel Castro. Carlos entró a un cuarto, llamo a La Habana, y luego me pasó el teléfono. Tuvimos una conversación muy larga, de una hora, muy amistosa. Me dijo que a su edad ya no leía mucho que no fuera en español, pero que había dos escritores de quienes siempre quería saber en que andaban: Coetzee y yo. [Se toca el corazón, conmovido, con su mano izquierda]. Fue un enorme cumplido, nunca lo olvidaré.

—¿Sigue siendo importante el realismo mágico en su trabajo?

—Me resisto al término porque me parece que el realismo mágico le pertenece a América Latina. Cortázar, Asturias, Carpentier, Manuel Puig y otros; el término les pertenece. De donde yo vengo, la tradición fantástica es más poderosa que el realismo. Eso fue lo que sentí cuando empecé a leer a estos latinoamericanos, lo similar. El mundo era entonces para mí el de India y Pakistán, donde la religión es poderosa, con una historia de colonización, con intervenciones militares en la política, con diferencias abismales entre ricos y pobres, entre ciudades y el campo. En los latinoamericanos encontraba ecos, me reconocía, los curas en los libros eran mis *mullahs*, esos generales eran mis generales.

—¿Ya vio la serie en Netflix de *Cien años de soledad*?

—La vi. Creo que hicieron un gran esfuerzo. La creación de Macondo me pareció convincente. Pero no es *Cien años de soledad*, porque esa historia vive en el lenguaje del libro, y no puedes filmar el lenguaje. El libro tiene muy poco diálogo, así que para la serie tuvieron que inventar los diálogos y, lo siento, no está al mismo nivel del lenguaje del libro. Mi esposa y yo disfrutamos la serie, pero todo tiene menos magia. Lo más interesante del libro es que lo surreal sea tratado de forma tan normal, como Remedios la bella subiendo al cielo, mientras que la tecnología les da pavor, como cuando el tren llega a Macondo y asusta

Salman Rushdie.

«Musk no defiende la libertad de expresión, hace curaduría al discurso de la extrema derecha»

Tras la publicación de *Cuchillo*, en el que escribe sobre el atentado del que fue víctima en 2022, el autor de *Los versos satánicos* habla sobre política y literatura

Camila Osorio
EL PAÍS



Rushdie durante la presentación de *Cuchillo* en Madrid, en 2024

EFE

HISTORIAS —

a la gente. Esa es una de mis partes favoritas de la novela, cuando llega el tren y una mujer sale corriendo y luego dice que algo terrible se acerca. Lo que le asusta a la gente de Macondo es la modernidad.

-Hablando de tecnologías, y como alguien que ha defendido la libertad de expresión con su vida, ¿qué opina de Elon Musk, ahora en el gobierno de Trump, cuando dice que defiende la libre expresión al permitir todo tipo de discursos en la red social X?

-Elon Musk no defiende la libre expresión. Su red social hace curaduría al discurso de la extrema derecha. Apropiarse de una causa noble como es la libertad de expresión, cuando lo que realmente haces es lo opuesto, es muy deshonesto. No soy fan del señor Musk, y me encantaría fuera el primer hombre en Marte.

-¿Para que se quede allá?
-Sí, déjenlo irse. Si le gusta, pues que se vaya. Una vez lo conocí, en Los Ángeles, hace diez años, y dijo que tomaría siete años llegar a Marte. Ya pasaron los siete años y de verdad quiero que se vaya.

-Usted es indio, pero ha sido migrante en el Reino Unido y en Estados Unidos, países donde los discursos contra los migrantes han ganado mucho espacio político. Como alguien que ha luchado contra los radicalismos, ¿cómo perdieron tanto oxígeno valores culturales como la tolerancia o la empatía?

-Si, esos valores están más débiles ahora que en cualquier otro momento de mi vida. Yo soy un migrante doble, de India a Inglaterra, de Inglaterra a Estados Unidos, y en mi vida siempre he intentado celebrar el lado más positivo de eso, todo lo que la migración alimenta la cultura. Vivimos en una era de migraciones, un tiempo en la historia en el que mucha gente se mueve por el planeta por razones económicas o políticas. ¿No es Estados Unidos una nación de inmigrantes acaso? Aparte de los nativos americanos, todos son migrantes, eso ha sido así desde los padres fundadores. El gran mito americano ahora dicen que es malo, maligno. Incluso Elon Musk es de Sudafrica.

-¿Y qué pasa en una sociedad si a uno se le acaba el mito nacional fundacional?

-Creo que el mundo no dejará de tener aviones, barcos, el movimiento va a seguir ocurriendo, no pueden parar al mundo porque no aprueban lo que sucede. Ahora nos preocupa el tema de las deportaciones en Estados Unidos. Creo que los norteamericanos deberían tener cuidado con lo que desean. Si siguen adelante, se darán cuenta de que el precio de los alimentos no va a bajar, sino que va a subir, porque no va a haber nadie para recoger la cosecha. El mundo médico se verá también afectado, porque habrá menos personas trabajando en los hospitales. Absolutamente todos los aspectos de la vida norteamericana se verán afectados por las deportaciones. ●

Cien años de soledad vive en el lenguaje del libro y eso no se puede filmar

Preocupa el tema de las deportaciones en Estados Unidos

Una vez que llegó a destino subió a un autobús para ir a Kanita, donde lo esperaba un amigo de la infancia con cangrejos y sidra de manzana. Desde allí comenzaron juntos un peregrinaje por la cos-



Un Herzog joven durante el rodaje de *Fitzcarraldo* en Perú, en 1981

JEAN-LOUIS ATLAN/GETTY

Dazai y Herzog. Caminar para escribir, entre Oriente y Occidente

Los largos desplazamientos a pie del escritor japonés y el cineasta alemán dialogan en espejo

Natalia Neo Poblet
PARA LA NACION

Mientras leo *Diario de un viaje por Tsugaru*, del escritor japonés Osamu Dazai (1909-1948), recuerdo que el cineasta y escritor alemán Werner Herzog contó en su libro *Del caminar sobre hielo* (Entropía, 2023) que el sábado 23 de noviembre de 1974 salió de su casa de Munich en dirección a París. Buscó el camino más recto para llegar a pie. Cuando se enteró de que su amiga Lotte Eisner, maestra del cine alemán, estaba enferma y por morirse, tuvo una epifanía. Quiso creer que ella seguiría con vida si él viajaba a verla caminando. Se calzó sus botas, separó la brújula y tomó un pequeño bolso. La premisa era llevar lo mínimo y necesario. Decidió emprender esa prueba, también, porque necesitaba estar a solas consigo mismo. Era una mañana de sol, casi un día de primavera.

Por su parte, Osamu Dazai viajó hacia Kanagi, el pueblo donde nació, ubicado en la península de Tsugaru, al norte de Japón. Comenzó ese periplo a sus treinta y tantos años. Un día de primavera partió desde la ciudad de Tokio vestido como un mendigo, al modo del gran poeta Bashō, maestro del haiku. Tomó un tren en Ueno con destino a Aomori. Mientras el frío avanzaba a medida que caía la noche, Dazai repetía su mantra: "Liberar mi mente de todo pensamiento mundano".

Una vez que llegó a destino subió a un autobús para ir a Kanita, donde lo esperaba un amigo de la infancia con cangrejos y sidra de manzana. Desde allí comenzaron juntos un peregrinaje por la cos-

ta. El plan que tenían era tomarse un ferry hasta la punta del estrecho de Tsugaru y después regresar a pie y en autobús. Debido a los fuertes vientos tuvieron que ir por tierra.

Luego el autor japonés se separó de su amigo y continuó solo. Tomó un ferry hasta el pueblo en el que había nacido con el interés de visitar a sus hermanos y la tumba de sus padres. También aprovechó para ir al embalse del río donde jugaba de niño. Después de unos días, partió en tren a Goshogawara, donde nació su padre, quien murió cuando Dazai tenía catorce años.

El joven japonés viajó para regresar a su infancia. Quiso descubrir qué significaba ser de Tsugaru, su pueblo de origen, pero sobre todo para recuperar algo de su padre muerto. Recorrió las calles de su barrio y buscó a Take, su querida nodriza. Ella fue quien le enseñó a leer y cuidó de él hasta sus seis años, porque su madre tenía una salud endeble producto de muchos embarazos.

Mientras caminaba, Dazai anotaba frases en su cuaderno de viaje. Lo primero que escribió fue: "Viajo porque estoy sufriendo". Uno de sus grandes dolores lo asaltó a los 18 años, cuando se enteró de que su escritor favorito, Ryūnosuke Akutagawa, se había suicidado. A partir de ese momento algo comenzó a inquietar a Dazai. A los dos años tuvo su primer intento de suicidio; al año siguiente, el segundo.

A los veinte años se había instalado en la ciudad de Tokio para estudiar en la Universidad por iniciativa de su padre, a quien no

pudo contradecir. Pese a que su interés estaba en el arte, ingresó en el departamento de literatura francesa, aunque se escapaba a las clases de pintura. En esa época andaba mal de amores y conoció el tabaco y el alcohol.

Caminar para alejarse de la ciudad puede ser un gesto estético, también, una forma de encontrarse con la naturaleza y desprenderse de obligaciones. Concentrarse en el andar hace que reparemos en la respiración, en el ritmo de los pasos, en los ruidos, en lo que olemos y en la temperatura que sentimos en la piel. Nos llama a habitar el mundo de un modo distinto.

En los últimos años de vida, Bashō decidió recorrer a pie el norte de Japón. Escribió sobre esos vagabundeos en sus cinco diarios. Anduvo 2340 kilómetros y relató ese desplazamiento poético y espiritual en su libro *Sendas hacia tierras hondas* (Hiperión, 1998). En su escritura logró aunar poesía y reflexión, anécdotas y contemplación.

En esos peregrinajes, Bashō, advirtió que no se debe beber alcohol en todo momento. El joven Dazai recordaba con frecuencia los principios del maestro, pero jamás los cumplió. Siempre fue rebelde. Se embriagaba y se distraía con cualquier transeúnte.

¿Y Herzog? ¿Caminó para salvar a Lotte Eisner de la enfermedad o su sacrificio fue el modo que encontró de acompañarla?

A medida que Herzog avanzaba en su recorrido, debía para soportar las temperaturas bajo cero y el dolor de pies. Cuando empezaba a oscurecer no le pre-

ocupaba donde dormir. Atravesó campos, se cruzó con ciervos, escuchó cuervos, rompió persianas de casas vacías para refugiarse en la noche. Registró en su diario la lluvia, la nieve, los ruidos desconocidos, la bruma en la llanura, los bosques mojados, la hinchazón en el tobillo y los días en que, por la neblina, le fue imposible saber la posición del sol. Un equilibrio entre la vida y la muerte.

Al modo del joven japonés, Herzog también tenía su mantra mientras caminaba: "Nuestra Eisner no debe morir, no va a morir, yo no lo permito (...) No lo tiene permitido. No lo hará. Cuando llegue a París, ella estará con vida. No será de otra manera porque no está permitido que lo sea. Ella no tiene permitido morir. Más tarde tal vez, cuando nosotros lo autoricemos".

Ya con Hitler en el poder, años antes de la Segunda Guerra Mundial, Eisner huyó en tren a París. El exilio interrumpió su actividad como crítica de cine y terminó en un campo de refugiados en los Pirineos. Herzog en ese entonces era un niño, pero filmó su primera película a sus 19 años y ya en la adolescencia hizo sus primeros viajes a pie. Atravesó medio Europa, desde Alemania hasta Grecia y Albania.

Tanto Dazai como el cineasta alemán nacieron alejados de las grandes ciudades y en sus juventudes se mudaron a las metrópolis para llevar a cabo sus pasiones artísticas. Y emprendieron sus peregrinajes a la misma edad. Salieron a la intemperie y en ese andar errante se encontraron con la naturaleza, donde la cama era la tierra y el cielo su techo. Ambos peregrinaron durante tres semanas. De Tokio a Tsugaru hay una distancia de 800 kilómetros. Lo mismo que de Munich a París. Ambos trataron de alargar así su existencia, como si hubieran de la muerte. Con la diferencia de que Herzog puso en riesgo su propia vida para "salvar" la de su amiga; se resistió a la idea de que pudiera morir. Dazai, en cambio, temió su propia muerte, ya que algunos escritores japoneses, como Doppo Kunikida, Isota Kamura, Ryūnosuke Akutagawa, murieron alrededor de los treinta años. Dazai sintió que pronto le tocaría a él. Esa idea lo llevó a volver al pueblo de su infancia.

¿Quiso viajar a un pasado que existió o quiso regresar al lugar donde había nacido para reconstruir con nuevas imágenes su historia? Es probable que en ese ir hacia atrás haya querido aliviar el dolor y el sufrimiento.

Dazai emergió como voz literaria cuando terminó la Segunda Guerra Mundial. Con su escritura confesional logró capturar la caída del antiguo orden y de los valores tradicionales. Fue el autor que mejor representó la posguerra, junto a Sakunosuke Oda. Los protagonistas de sus relatos son personajes vencidos que se preguntan sobre el sentido de su existencia y que viven en los márgenes de una sociedad insegura.

El peregrinaje de Dazai y el de Herzog no quedaron reducidos al punto de llegada. El énfasis de su aventura estuvo en el trayecto, en el cuerpo a la intemperie, en lo que observaban, en el peso de sus pies cansados, en lo que oyeron y en el hambre que pasaron. El viaje se convirtió en una experiencia de escritura. Fue un vagabundear literario. Caminaron para escribir y, a la vez, escribieron para soportar la propia existencia. ●

Psicoanalista y escritor

LECTURAS —

Caparrós. Unas memorias conmovedoras con trasfondo sombrio

Entre el periodismo y la literatura, el autor de *Valfierno* narra en su autobiografía los avatares de una vida intensa, que parecen muchas

José María Brindisi
PARA LA NACION

66 **D**icen que siempre pasa: que, en algún momento, por alguna razón, uno decide enfrentarse a su vida y decir esto es. Algunos, entonces, intentan escribirlo.

Hay tantas formas de escribir una autobiografía. Hay quienes lo hacen intentando inventar lo que no pueden recordar; quienes, intentando recordar lo que no pueden inventar; quienes, contando horrores y minucias de sus padres o hijos o mujeres u hombres o caniches; quienes, mezclando todo eso y mucho más.

Las palabras previas pertenecen a Martín Caparrós, pero no originalmente a este libro —que si las reproduce— sino a la columna que escribiera para el diario *El País* de

España, una década atrás, a propósito de la *Antología personal* de Ricardo Piglia, ese particular modo de presentar un legado y autorretratarse que el autor de *Respiración artificial* hallara seleccionando y organizando sus escritos. La cita —que continúa— está precedida por una breve observación, en la que Caparrós señala lo —tan— raro que en este momento le resuena aquel comienzo. Las razones son contundentes: por aquel entonces Piglia enfrentaba la misma enfermedad que hoy lo acosa a él, conocida como ELA (esclerosis lateral amiotrófica), de la que se sabe muy poco y para la que lamentablemente aún no se ha encontrado una cura.

Desde esa trinchera, esa omnipresencia que hace de cada acto inalterado un triunfo (“Todo se trata

de que no me ocupe todo el tiempo; todo, de hacerme el tonto cuanto pueda”), Caparrós ha escrito este libro monumental, que resulta conmovedor mucho más allá de su trasfondo sombrío o doloroso: lo es por la espesura de una vida, por cómo el gran cronista que entre otras —muchas— cosas plasmará una suerte de manifiesto contra el hambre se repienza, se desmenuza, se cuestiona, convirtiendo ese recorrido en el imperio de la duda, es decir, un puente para hacerse innumerables preguntas.

La columna vertebral de *Antes que nada* funciona como un diálogo o una pulseada: por un lado los capítulos de su vida, contada cronológicamente pero en torno a ciertos elementos aglutinadores (“La militancia”, “Los medios”, “Los libros”), por otro, los intersticios en los que reflexiona sobre la enfermedad, y esa otra presión estratosféricamente diferente de la de los rigores del periodismo —que tan bien conoce— desde la que ahora le toca escribir (“¿Hasta cuándo será capaz, todavía, de teclearlo?”).

Una de las recurrencias más intensas de su autobiografía es la interrogación respecto de los otros potenciales caminos, aquellos que no eligió o que no terminaron de abrirse (un estribillo que guarda particular relevancia si se piensa que Caparrós ha recorrido, por caso, el globo de punta a punta): los desvíos, las decisiones con efectos impensados, las intuiciones, los golpes de martillo del destino. El rol del azar, en definitiva, al que habría que atribuir en buena medida también los grandes amores —que en su caso han sido cuatro— de cualquier vida.

Pero el hombre que si fue nació (“sólo por nacer me perdi tantas vidas”) en Buenos Aires en 1957, hijo de una pareja —el, español— de comunistas convencidos. Tienta pensar como premonitorio el hecho de que a los doce años ya hubiese conocido, merced a circunstancias nada fortuitas, a dos presidentes (Illia y Perón). Y acaso el episodio más significativo de aquel primer lustro haya sido el ingreso al Nacional Buenos Aires, que le ofreció no solo un ámbito de pertenencia sino también el contagio que germinaría en la militancia y en preocupacio-

nes y obsesiones —de carácter social, político y hasta estético— que lo han perseguido hasta hoy.

Tal efervescencia tendría como corolario el exilio, hasta cierto punto no planeado y que sin embargo lo salvaría —casi con certeza— del horror. Esa primera estadia larga en Europa iba a producir, además de efectos prácticos como una licenciatura en Historia, la cimiente de un carácter no necesariamente nomade pero sí inquieto, en línea con aquel que se tornaría familiar para unos cuantos.

Quizá se encuentre allí la gimnasia más atractiva para el lector, y por que no para el propio protagonista: la de descubrir, como sucede tantas otras veces (la frondosa correspondencia de Vonnegut, la biografía que Mailer le dedicara al joven Picasso) en aquel las huellas, los signos, los rastros del que sería: un inconformista, alguien que haría de un tono y un modo de pensar a contramano —y un celebre *moustache*, si —su marca de fábrica.

Después de algunos tropiezos iniciales —el trabajoso camino para publicar su primera novela, al punto de que terminó por ver la luz luego de la segunda—, de muchas indecisiones y algunos zigzagues —llámenlos también renuncias—, en el camino se tejerán los proyectos con su compinche Jorge Dorio (entre otros, un hito televisivo ya de culto como *El monitor argentino*), con los miembros del mítico grupo Shanghai (Alan Pauls, Daniel Guebel, etc.), con Jorge Lanata en mil y un escenarios (los diarios *Página 12* y *Crítica*, la revista *Página 30*); asomaría aquel para quien el peso de un elogio, nada menos que de Tomás Eloy Martínez, terminó por delinear un futuro (“me condenó, diríamos, a correr su suerte; me convirtió en cronista”); y por supuesto llegarían libros y más libros. Y de a poco, el reconocimiento, la figuración cada vez más pública, los premios, las traducciones, las nuevas posibilidades y ambiciones, y asimismo, más de una decepción resonante (como la relativamente modesta recepción de su novela *La historia*, que le llevara una década de trabajo).

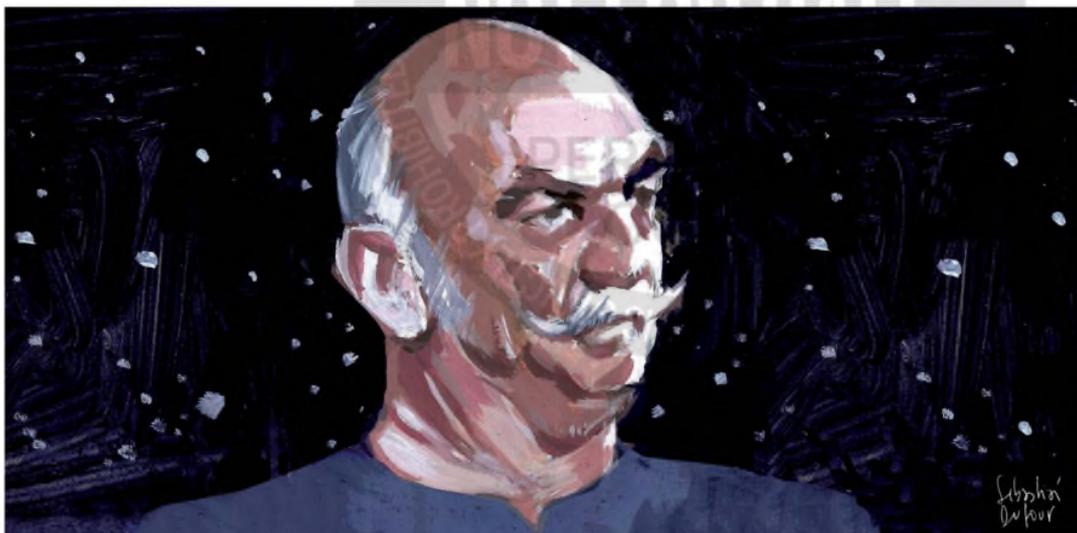
Un libro puede contener, como sabemos, muchas vidas. Y Caparrós parece haberlas vivido todas. ●



Antes que nada
Martín Caparrós
Random House
665 páginas
\$ 31.999



El mundo entonces
Martín Caparrós
Random House
432 páginas
\$ 42.999



RESEÑAS —



Risa Negra
Sherwood Anderson
Palmeras Salvajes
Trad.: Margara Averbach
304 páginas
\$ 25.900



Un poema pegado en la heladera
Martín Prieto
Blatt & Rios
208 páginas
\$ 19.500



Cartas a una vieja poeta
Miguel Gaya
Hugo Benjamin
141 páginas
\$ 24.500



No hables tan rápido delante de la noche
Dolores Etchecopar
Hilos
142 páginas
\$ 20.000

La novela de un precursor de Hemingway

Verónica Boix
PARA LA NACION

La búsqueda y el sinsentido conviven en *Risa negra*, la novela del escritor norteamericano Sherwood Anderson (Ohio, 1871-Panamá, 1941) que recorre con melancolía la vida en el Midwest estadounidense de la década del 20, cuando la posguerra parece hundir en el desencanto a una sociedad perdida en las ilusiones del progreso.

De buenas a primeras, Bruce Dudley abandona a su mujer —una escritora moderna, parte del ambiente intelectual de Chicago—, deja su trabajo como periodista y regresa a un pueblito llamado Old Harbor, en Ohio, en el que vivió en su infancia, para trabajar como obrero en una fábrica. Allí conoce a otro obrero, Sponge, que va a acompañarlo y, al mismo tiempo, funciona en su simpleza como una suerte de contrapunto aspiracional para el universo intelectual del protagonista. Claro que el recorrido de Bruce lleva a pensar en la vida del propio Anderson, que parece haber hecho un camino inverso: abandonó su vida empresarial y su familia en Ohio en 1912 para ir a Chicago y convertirse en escritor. En ese recorrido llegó a convertirse en uno de los maestros de autores como Ernest Hemingway y William Faulkner, a quien lo ayudó a publicar su primer libro.

Bruce no solo deja la ciudad, también gira su mirada hacia la infancia para descifrar un pasado que se le escurre y, en el fondo, parece incidir en el presente del que se fugó. Es decir, el se va de la ciudad del presente al pueblo de la infancia en busca de algo perdido, y en ese movimiento se aleja de la vida que alguna vez quiso llevar. Entre la nostalgia del pasado perdido y el vacío del progreso futuro, la narración se vuelve una reflexión sobre el hombre nuevo, una especie de tela sin manchas colgada al viento.

El lenguaje de Anderson, autor de los relatos de *Winesburg, Ohio*, también habla de los juegos de la modernidad. Se vale de una narración que sigue los pensamientos de Bruce, luego los de su amante Aline y, finalmente, los del marido de ella, Fred. Incluso, Bruce ahonda en su lectura del *Ulises* de Joyce, del que seguramente el autor toma el recurso del monólogo interior. De ahí que en muchos momentos la historia también abre preguntas sobre qué es ser un artista de verdad. "¿Acaso un artista era eso? Sería una buena historia si él, Bruce, al escapar de Bernice y su grupo, de los artistas conscientes, lo hubiera hecho solo porque quería ser exactamente lo que querían ser ellos".

La musicalidad de las frases, la sucesión de puntos de vista y las perspectivas que aportan le dan un movimiento singular a la historia, que cuestiona la dirección de la modernidad con una suerte de risa oscura que permite sobrellevar la sensación de estar perdidos en ese pasaje vacilante entre lo que se anhela y lo que finalmente se vive en realidad. ●

La necesidad de no olvidar la voz poética

Mariano Vespa
PARA LA NACION

Un acontecimiento que consiste en estar atento, un acontecimiento que consiste en percatarse, un acontecimiento que consiste en ser abrazado, un acontecimiento que consiste en ser atrapado. Estas líneas del "Poema a la duración", de Peter Handke, pueden oficiar de reflexión equidistante a la conjunción de ensayos que propone el profesor y doctor en Literatura Martín Prieto (Rosario, 1961).

"El paso del tiempo es uno de los temas principales de la poesía occidental. Más precisamente de la poesía que cozo y que he leído", dice Prieto al principio, en un recurso que repetirá a lo largo del libro *Un poema pegado en la heladera*, una veintena de piezas breves donde respiran conexiones sutiles entre versos y poetas aparentemente distantes, tanto en la textura como, justamente, en el eje sincrónico, como pueden ser por ejemplo Denise Levertov, Juanele Ortiz o Juan Rodolfo Wilcock.

Un poema pegado en la heladera remite a la decisión de la madre del autor de recortar "Viaje estival con Lucio", de Francisco Madariaga, que describe un viaje, el primer viaje en tren del poeta con su hijo, antes de que el gobierno desactive el servicio.

Prieto elige, en un gesto minúsculo, correrse del apellido —su padre, Adolfo, fue uno de los grandes intelectuales argentinos—, y centrarse en el corazón maternal de la poesía, un ramal que nunca es posible clausurar. Pese a que manifiesta desazón frente a un contexto donde cada vez se lee menos poesía, transmite y explora las fuerzas de su espíritu, una caminata impermanente, una forma de afecto y encuentro, una conversación extendida. Territorios minúsculos, pero no menos potentes, que se activan en los cafés, en las presentaciones o lecturas públicas, en las bibliotecas personales y en la curiosidad de las ajenas, en el acto de memorizar y recitar y en la reivindicación de los escritores de su zona —los predecesores, como Elvio Gandolfo o Hugo Diz, o los más jóvenes, como Daiana Henderson.

Prieto lee en detalle aspectos formales, analiza el estilo, pero también se detiene en la imaginaria del poeta, en el gesto, en el destino.

Con los ecos de su faro, la crítica Martia Teresa Gramuglio, Martín Prieto piensa en "las imágenes, proyecciones, antiimágenes" y, además, en una historia oral de la literatura. Entre las cenizas, piensa una constelación que reafirma, en una trayectoria autobiográfica cercana al género, una causa: la necesidad de no olvidar la irrupción de la voz poética, aun en susurros. Alguna vez John Berger describió a los amantes como aquellos con la capacidad de plantear una tregua frente al dolor del mundo. Tal vez mantener la llama de la poesía tenga que ver con eso. ●

Retrato de una mujer en busca de lo esencial

Felipe Fernández
PARA LA NACION

Miguel Gaya propone una narración en segunda persona para la mayor parte de su *nouvelle Cartas a una vieja poeta*, que cuenta la vida de una poeta sin nombre, una omisión que le concede una gentil evanescencia al personaje.

El relato comienza con el viaje de la protagonista —desesentay cinco años— a Madrid, donde le han publicado un libro. Desde ese presente la narración se traslada a distintos momentos de su pasado: la niñez y la adolescencia en el seno de una familia judía; la entusiasta participación en el ámbito cultural del Partido Comunista; el "casamiento desangelado", a los veintinueve años, con Eduardo —un pediatra—, y la ruptura de ese matrimonio; el ingreso a un taller literario y los inicios en la escritura; la obtención del premio municipal.

A lo largo de la obra se intercalan una decena de poemas y se aportan diferentes reflexiones sobre lo que significa escribir poesía: "Para vos, el lector de poesía terminaba el sentido inaugurado por el poeta".

En la parte final la segunda persona, que transmite un tono afectuoso hacia la destinataria del texto, se transforma en una primera persona narrativa femenina, también anónima, que describe su relación amorosa con la protagonista.

Cartas a una vieja poeta (quizás una alusión irónica a las *Cartas a un joven poeta* de Rilke) configura el melancólico retrato de una mujer que, fiel a su sensibilidad austera, busca con voluntad inaudible liberarse del yugo de las apariencias y las frivolidades y va en busca de lo genuino y lo esencial, tanto en su vida como en sus poemas. ●

Un teatro lírico de preciosos detalles

Daniel Gigena
LA NACION

El décimo libro de Dolores Etchecopar (Buenos Aires, 1956) reúne 113 poemas que conjugan registros, historias y personajes. La voz poética alterna un dejo sublime (ejemplo elocuente es el título del volumen, donde "noche" parece aludir a la vejez o la muerte, la "última pasajera en llegar a su país" en el viaje de la vida) con el tono íntimo y familiar que recupera imágenes del pasado propio y ajeno: "sentados frente a un pequeño teatro de marionetas / que se animó en las infancias de mis hijos / los fantasmas esperan que comience la función".

En el elenco del teatro lírico de Etchecopar (que en 2024 recibió el diploma al mérito en poesía de la Fundación Konex por el quinquenio 2014-2018) descuellan un personaje que, sin convertirse en un alter ego, acompaña (e incluso educa) a la primera persona: un bufón que quiere ser nombrado "bueno para nada" por una sola virtud: "el cuidado de la perplejidad". Heredero de "un niño profundo / que llama desde el fondo de su memoria", improvisa "su pequeña demencia / un pavor que hace reír". Los pormenores de su historia se ligan con "fábulas que abrigan y destierran" (protagonizadas por corderos, hormigas, padres, ciervos) y "una miriada de preciosos detalles / semillas de las que brota algo" en la cosecha de quien escribe.

De *No hables tan rápido delante de la noche* se destila una colección de máximas como "porque lo más frágil es lo que perdura", "(también las puertas de la desdicha se cierran)", "los amigos tenemos el don de no comprender" y "es cosa de bufón darse por perdido". ●

Best Seller

FICCIÓN

- 1° **En agosto nos vemos**, de Gabriel García Márquez. Sudamericana. \$ 22.999 (40)
- 2° **La Casa Neville 3. Yo soy el viento**, de Florencia Bonelli. Planeta. \$ 29.900 (11)
- 3° **La vegetariana**, de Han Kang. Random House. \$ 19.999 (15)
- 4° **Blackwater I: La riada**, de Michael McDowell. Blackie Books. \$ 14.999 (16)
- 5° **Los soles de Santiago**, de Viviana Rivero. Planeta. \$ 37.700 (10)

NO FICCIÓN

- 1° **La felicidad**, de Gabriel Rolón. Planeta. \$ 35.000 (63 semanas)
- 2° **Nexus**, de Yuval Noah Harari. Debate. \$ 42.999 (21)
- 3° **Hábitos atómicos**, de James Clear. Booket. \$ 22.900 (43)
- 4° **Este dolor no es mio**, de Mark Wolynn. Gaia. \$ 29.900 (58)
- 5° **Meditaciones**, de Marco Aurelio. El Ateneo. \$ 23.200 (1)

Librerías consultadas: Cúspide, Santa Fe, El Areneño y Yenny (Capital, Gran Buenos Aires e interior).

— PERSPECTIVAS —

La guillotina francesa y la de Milei

Pablo Mendelevich
PARA LA NACION



Es frecuente escuchar que la guillotina fue un invento del médico y diputado Joseph-Ignace Guillotin y que con su uso se instauró en la Revolución Francesa la pena de muerte. Pero no sucedió exactamente así. Tanto la pena de muerte como la opción instrumental de cortar cabezas son preexistentes. Guillotin, quien era contrario a la pena de muerte, le introdujo al aparato la cuchilla oblicua, retrocedido a ahorrar el sufrimiento extra que los verdugos les infligían a los condenados cuando el trabajo quedaba incompleto o se hacía mal. Para él estaba en juego el principio de igualdad, en 1789 tan ardiente. Porque a los reos comunes se les venía cortando la cabeza de cualquier manera después de tremendas sesiones de torturas, lo que implicaba el adicional de una terrible agonía, mientras que los condenados de las clases altas tenían acceso a una decapitación mecánica limpia, instantánea.

Tienta preguntarse si la guillotina de los hermanos Milei conserva los ideales igualitarios del siglo XVIII, ya no en términos clasistas sino con relación a propios y extraños. Los extraños serían, por ejemplo, los kirchneristas que quedaron en segundas y terceras líneas de la administración pública. Casi nunca son ellos los protagonistas de despidos espectaculares.

El lunes de furia, cuando echó a la embajadora en la OEA y al titular de la Anses, Milei se preocupó por no dejar dudas sobre el propósito disciplinador de su frenesí. Al anunciar que había resuelto despedir sin miramientos a Sonia Cavallo y Mariano de los Heros, el Presidente pareció perfeccionar aquella advertencia de Cristina Kirchner: "Solo hay que tenerle miedo a Dios, y a mi un poquito".

El mismo lunes Milei ratificó a "El Jefe" como guardiana superior de la pureza doctrinaria del gobierno libertario. Al referirse al caso de Ramiro Marra, expulsado de La Libertad Avanza, habló de ejecución, un lenguaje inédito en política bajo el marco constitucional. Después vino lo de cortar cabezas. "Dicen que mi hermana tiene una guillotina. Bueno, sí, tiene una guillotina. Usted hace algo en contra de los parámetros que nosotros defendemos... guillotina".

La estadística no honró el alma justiciera de Guillotin. Más allá de las resonantes ejecuciones de Luis XVI, María Antonieta y alguno que otro noble, parece que la mayoría de los casi 17.000 guillotinos franceses eran plebeyos. Además, claro, de los revolucionarios: Georges Danton, Louis de Saint-Just,

Maximilien Robespierre... Porque la guillotina también se llevó a varios de que la habían patrocinado.

Pero en la Argentina no tenemos revolución ni revolucionarios ni ejecuciones reales. Lo que hay son 119 funcionarios eyectados ("se les cortó la cabeza") en 14 meses de gobierno con retórica extrema,

ecos, en fin, del legendario "you're fired" del animador Donald Trump, quien hoy repite gustoso esa sentencia varias veces al día investido como el supuesto hombre más poderoso del mundo.

Milei administra dosis de ira natural y a la vez ofrece razones atendibles cuando echa a alguien. ¿Acaso no tiene sentido

que un presidente quiera cohesión en su equipo? Sin embargo, en cualquier organización existen modos de evitar una desbordada tasa de rotación de puestos jerárquicos.

De los Heros y antes Osvaldo Giordano, ambos eyectados de la ANSES, estuvieron, se cree, a la altura del cargo. Ninguno de los dos lo perdió por la calidad de la gestión. Así como Sonia Cavallo ahora dejó de ser embajadora en la OEA debido a las críticas de su padre a la política económica, Giordano se tuvo que ir porque su esposa, diputada nacional, votó en contra un artículo de la Ley Omnibus. Quizás Milei proyecte en los demás el modelo de extraordinaria confinidad que él tiene con su hermana y no concibe comportamientos políticos individuales cuando se trata de conyuges, padres e hijos o hermanos. ¿Existen responsabilidades solidarias en un matrimonio de políticos por las opiniones de cada uno?

El funcionamiento de Milei es bastante simple. Cuando Cavallo lo apoya es "el mejor economista de la historia argentina". Cuando lo critica, es "un imprevisible". En consonancia, frente a la primera opinión le da una importante embajada a la hija. Frente a la segunda, la echa.

Se habló esta semana del "efecto Diana", el modelo de expulsión de Diana Mondino de la Cancillería en octubre último. Pero hay una parte del asunto que nunca termina de entenderse. La que se refiere a la comunicación interna del gobierno. ¿Mondino nunca comentó con la Casa Rosada cómo iba a ser el voto de la Argentina respecto del tema Cuba? ¿No había canales de comunicación entre la Cancillería y Presidencia? ¿Y en el caso de los Heros y Sonia Cavallo?

Con la chabacanería que adoptó desde que Milei intervino el lenguaje político con insultos, Cristina Kirchner, vengativa, se fregó las manos por el despido de los Heros. Escribió un largo tuit de la serie "Che, Milei...", que en una parte dice: "También lo rajaste al de la Anses. ¡Te dije que era un burro! Solo a ese animalito se le puede ocurrir decir, en un año electoral, que va a subir la edad jubilatoria. Clarín te clavó la tapa el lunes y... afuera".

De los Heros viene de defender públicamente la medida de quitarle a Cristina Kirchner las asignaciones obscenas que cobraba, con el agravante de percibir un suplemento de 6.354.523 pesos por declarar que vive en zona austral, locales a todas luces falso. Aun así el titular de la Anses cometió un error importante al largarse a hablar por su cuenta de una reforma previsional para este año, llama la atención que Milei no haya esperado un momento más oportuno para relevarlo. ●

ideas

Más información de cultura, pensamiento, libros y reflexiones sobre la actualidad en <http://www.lanacion.com.ar/> y en <http://www.lanacion.com.ar/edicion-impresa/suplementos/ideas>, con miradas cercanas y amenas para entender las claves de una sociedad en plena transformación. Análisis en profundidad, crónicas y los más agudos columnistas

Club LA NACION

SUSCRIBITE

Hablanos por whatsapp: (11) 5799.3654
o si preferís llamarnos: (11) 5199.4794

OH LALA! Living LUGARES iHOLA! Jardín Rolling Stone